

PEDRO EL GRANAINO

MAESTROS

CHOCOLATE FOSFORITO MORENTE

Hay que ser valiente, con la fuerza del potro y la sapiencia del jinete diestro, para atreverse a atravesar las veredas que abrieron espacios particulares con nombre y apellidos; los hombres que escriben la historia con nombre y apellidos. Antonio de la Santísima Trinidad Nuñez Montoya, “Chocolate”; otro Antonio y Fernandez Díaz, “Fosforito”; y Morente, Enrique: tres escuelas, tres maestros. Del treinta, del treinta y dos y del cuarenta y dos del siglo que se fue con ellos. ¿Quién se atreve?

Pedro, gitano joven de corazón viejo, se atreve. Se atreve porque inconsciente del peligro que detiene, ciego de necesidad encuentra la fuerza que le lleva, le impulsa y le obliga. Puede hacerlo porque sabe, y lo sabe. Es más, seguramente, siendo fiel a las lecciones recibidas, se hará fiel a sí mismo. Y su voz sobrevolará campos de Jerez a Sevilla, de Puente Genil al Albaicín, de Cordoba y Graná. Se oirán las formas que imponen los oráculos, bajo la forma que le imponga su corazón joven. Que se desboquen los ayes del pasado en el presente. ¡Ay! Sin miedos, ¡ay! temblando el aire que ensancha el músculo que palpita. Al oscuro profundo de un tercio de Antonio, al azul de un medio día en el cuarto de Antonio, y a la quinta luz de Enrique iluminando a Pedro.

De Graná a la Sevilla se vino Pedro, con las manos llenas haciéndose llamar el Granaino; pidiendo a voces reclamando por derecho y gracia, que resuciten los vivos, los **maestros**.

José Miguel Évora